

†
JHS

BOLETIN OFICIAL

DEL
OBISPADO DE MENORCA

EPOCA IV

14 SEPTIEMBRE DE 1941

NÚMERO 11

DOCUMENTOS DE LA SANTA SEDE

DISCURSO DE S. S. PIO XII ACERCA DE LA INTERVENCION DE LA
DIVINA PROVIDENCIA EN LOS ACONTECIMIENTOS HUMANOS

En la festividad de los Santos Apóstoles, Pedro y Pablo, vuestros devotos pensamientos y afectos, queridos hijos de toda la Iglesia Católica, se vuelven a Roma con aquella estrofa triunfal «Oh, feliz Roma, que has sido consagrada con la sangre de estos dos Príncipes». Pero la felicidad de Roma, que es felicidad de sangre y de fe, es también vuestra felicidad, porque la fe de Roma, sellada aquí sobre ambas orillas del Tíber con la sangre de los Príncipes de los Apóstoles, es la fe que se anunció a vosotros, que se anuncia y se anunciará al mundo entero. Vosotros os alegráis pensando y saludando a Roma porque sentís dentro de vosotros mismos el impulso de la universal romanidad de vuestra fe. Desde hace diecinueve siglos, la Roma de los Césares fué bautizada, en la sangre gloriosa del primer Vicario de Cristo y del Doctor de las gentes. Roma de Cristo, como símbolo eterno del Principado indefectible de la sagrada autoridad y del magisterio infalible de la fe de la Iglesia; y con aquella sangre se escribieron las primeras páginas de una nueva y magnífica historia de las sagradas luchas y



victorias de Roma. ¿Os habéis preguntado alguna vez cuáles debieron ser los sentimientos y los temores del pequeño grupo de cristianos esparcidos en la gran ciudad pagana, cuando después de haber dado presurosa sepultura a los cuerpos de los dos grandes Mártires, el uno al pie del Vaticano, el otro junto a la vía ostiense, se retiraron, la mayoría a sus miserables habitaciones de esclavos o de pobres artesanos, algunos a sus ricos palacios, y se sintieron solos y como huérfanos después de la desaparición de los dos Apóstoles? Era el furor de la tempestad desencadenada poco antes sobre la Iglesia naciente, por la crueldad de Nerón; ante sus ojos perduraba la horrible visión de las antorchas humanas humeantes durante la noche en los jardines del César y de los cuerpos desgarrados palpitantes en los circos y calles.

Pareció entonces que la implacable crueldad había triunfado, golpeando y derribando las dos columnas cuya sola presencia sostenía la fe y el valor de aquel reducido grupo de cristianos. Al atardecer de aquel sangriento día, ¡cómo debieron sentir sus corazones oprimidos por el dolor, viéndose privados de la consoladora presencia de aquellas dos voces potentes, abandonados a la ferocidad de un Nerón y al formidable brazo de la grandeza imperial de Roma!

Pero contra la espada y la fuerza del tirano y de sus ministros, ellos habían recibido el espíritu de fuerza y amor más poderoso que los tormentos y la muerte. Y a Nosotros nos parece ver, en la siguiente reunión, en medio de la comunidad desolada, al anciano Lino, el primero que había sido llamado para sustituir a Pedro desaparecido, tomar entre sus manos temblorosas de emoción, los folios en donde se conservaba cuidadosamente el texto de la carta enviada tiempos atrás por el Apóstol a los fieles del Asia Menor, y releer lentamente las frases de bendición, de confianza y de aliento: «Bendito sea Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia nos ha regenerado a una esperanza viva mediante la resurrección de Jesucristo... Entonces os alegraréis, si bien ahora por un poco de tiempo os conviene ser afligidos con varias tenta-

ciones... Humilláos, pues, bajo la mano poderosa de Dios... descargando en El vuestras solicitudes, pues El tiene cuidado de vosotros. El Dador de toda la gracia que nos llamó a su eterna gloria en Jesucristo, con padecer un poco os perfeccionará, fortificará y consolidará. A El sean dados la gloria y el imperio por los siglos de los siglos».

Torbellino de males que invade hoy al mundo. También Nosotros, queridos hijos, que por inescrutable providencia de Dios, hemos recibido, después de Pedro, de Lino y de tantos otros santos pontífices, la misión de confirmar y consolar a nuestros hermanos en Jesucristo, también Nosotros, como vosotros, sentimos oprimirse nuestro corazón al pensar en el torbellino de males, sufrimientos y angustias que invade hoy el mundo. No faltan, ciertamente, en la oscuridad de la tormenta, espectáculos confortantes que abren el corazón a grandes y santas esperanzas. Valor magnánimo en la defensa de los fundamentos de la civilización cristiana y fundadas esperanzas de su triunfo. Fortísimo amor patrio, actos heroicos de virtud. Almas escogidas, prontas y dispuestas a cualquier sacrificio. Entregas generosas, amplio despertar de la fe y de la piedad. Pero por otra parte, el pecado y el mal invadiendo la vida de los individuos, el santuario de la familia, el organismo social, no solamente tolerado por debilidad o impotencia, sino disculpado, exaltado y dominando como señor en las manifestaciones más variadas del humano vivir. Decadencia del espíritu de justicia y de caridad. Pueblos revueltos y precipitados en un abismo de desventuras. Cuerpos humanos desgarrados por las bombas o por la metralla. Heridos y enfermos que llenan los hospitales, y de los cuales salen muchas veces con la salud arruinada, mutilados los miembros, inválidos para toda su vida. Prisioneros alejados de los suyos y, frecuentemente, sin noticia alguna. Individuos y familias deportados, trasladados, separados, arrancados de sus moradas, errabundos en la miseria, sin socorros, sin medio alguno para ganarse el pan. Males todos que hieren, no sólo a los combatientes, sino que pesan sobre pueblos enteros, sobre ancianos, mu-

jeros, niños, los más inocentes, los más pacíficos, los desprovistos de toda defensa. Bloqueos y contrabloqueos que aumentan casi en todas partes la dificultad de abastecimiento de víveres y que acá o allá hasta se siente a veces cruelmente el hambre. Además de todo esto, los indecibles dolores, padecimientos y persecuciones que tantos de nuestros queridos hijos e hijas—sacerdotes, religiosos, seculares—soportan en algunos lugares por el nombre de Cristo, por la causa de su Religión, de su fidelidad a la Iglesia, de su sagrado Ministerio, penas y amarguras, que la solicitud para con aquellos que sufren no permiten revelar en todos sus pormenores dolorosos y conmovedores.

¿Como puede Dios permitir tan grandes males? Ante tal cúmulo de males, de peligros de la virtud, de pruebas de toda clase, parece que la mente y el juicio humano se pierden, se confunden, y tal vez en el corazón de más de uno de vosotros ha surgido el terrible pensamiento de duda que ante la muerte de los dos Apóstoles tentó y turbó a algunos cristianos menos firmes. ¿Cómo puede Dios permitir todo esto? ¿Cómo es posible que un Dios omnipotente, infinitamente sabio, infinitamente bueno, permita tan grandes males que El tan fácilmente puede impedir? Y viene a los labios la palabra de Pedro, todavía imperfecto, al anuncio de la pasión: «Eso, Señor, jamás; lejos de Tí semejante cosa». No, Dios mío, (piensan ellos): ni vuestra sabiduría, ni vuestra bondad, ni vuestro mismo honor, pueden dejar que hasta tal punto dominen en el mundo la violencia y el mal, que os tomen como cosa de juego, que triunfen de vuestro silencio. ¿Dónde están vuestra providencia y poder? ¿Habremos, por lo tanto, de poner en duda vuestro divino gobierno y vuestro amor para con nosotros? «No tienes la sabiduría de Dios, sino la de los hombres», respondió a Pedro Cristo Nuestro Señor, como había hecho al decir al pueblo judío por el profeta Isaías: «Mis pensamientos no son los vuestros, y vuestros caminos no son los míos».

Todos los hombres, ante Dios, son como niños: todos, aun los más profundos pensadores y los más experimentados go-

bernantes de los pueblos, juzgan de los sucesos con la vista corta del tiempo que pasa y vuela irreparablemente; Dios en cambio, los mira desde las alturas y desde el centro perenne de la eternidad. Ellos tienen ante sus ojos el angosto panorama de pocos años. Dios, en cambio, tiene ante Sí el panorama universal de los siglos. Ellos ponderan los acontecimientos humanos por sus causas más próximas y sus inmediatos efectos; Dios los ve en sus causas remotas y los mide en sus lejanos efectos. Ellos se detienen a precisar esta o la otra mano particular responsable. Dios ve confluír todo un complicado-secreto de responsabilidades porque su elevada Providencia no excluye el libre albedrío de las buenas o malas acciones humanas. Ellos quisieran inmediata justicia y se escandalizan ante la potencia efímera de los enemigos de Dios y los sufrimientos y humillaciones de los buenos. Pero el Padre celestial, que en la luz de su eternidad abraza, penetra y domina las vicisitudes de los tiempos, así como la serena paz de los siglos sin fin; Dios, que es feliz Trinidad llena de compasión de las debilidades, de las ignorancias, de las impaciencias humanas, pero que ama demasiado a los hombres para que sus culpas sean capaces de apartarle de los caminos de su sabiduría y de su amor, continúa y continuará queriendo que salga su sol para los buenos y malos, lloviendo sobre los justos e injustos, guiando sus pasos de niños con firmeza y ternura con tal que se dejen conducir por El y confíen en el poder y sabiduría de su amor para con ellos.

Tras el momentáneo triunfo del mal llegará la hora de Dios. ¿Qué significa confiar en Dios? Tener confianza en Dios significa abandonarse con toda la fuerza de la voluntad, sostenida por la gracia y por el amor, a pesar de todas las dudas sugeridas por las apariencias contrarias en la omnipotencia, en la sabiduría, en el amor infinito de Dios. Y es creer que nada en ese punto escapa a su Providencia, así en el orden universal como en el particular; que nada sucede, de grande o pequeño, sino previsto, querido o permitido, dirigido siempre por Ella a sus elevados fines, que en este

mundo son siempre fines de amor para con los hombres; es creer que Dios puede permitir tal vez aquí abajo por algún tiempo el predominio del ateísmo y de la impiedad, lamentables oscurecimientos del sentido de justicia, infracciones del derecho, tormentos de personas inocentes, pacíficas e indefensas, sin sostén: es creer que Dios deja así caer a veces sobre los individuos, sobre los pueblos, pruebas cuyo instrumento es la malicia de los hombres, por un designio de justicia enderezada al castigo de los pecados, a purificar personas y pueblos con las expiaciones de la vida presente y, por tal camino, conducirlos de nuevo a Sí. Pero al mismo tiempo, es creer que esta justicia se reduce siempre aquí abajo a una justicia de Padre, inspirada y dominada por el amor.

Por áspera que parezca la mano del Divino Cirujano, cuando penetra con el hierro en las vivas carnes, siempre va guiada e impulsada por el amor en acción, y solamente el verdadero bien de los individuos y los pueblos hace que intervenga tan dolorosamente. Es, finalmente, creer que la dura acerbidad de la prueba, como el triunfo del mal, no durarán, aun acá abajo, si no por algún tiempo, y no más que el preciso para llegar a la hora de Dios, la hora de la misericordia, la hora de la santa alegría, la hora del cántico nuevo de la liberación, del alborozo y del júbilo, hora en la cual, después de haber dejado que se desencadenase por un momento el huracán sobre la pobre humanidad, tenderá la mano omnipotente del Padre celestial y disipará, y por caminos menos abiertos a las mentes y a las esperanzas humanas, se restituirá a las naciones la justicia, la calma y la paz.

El sufrimiento de los seres inocentes. Bien sabemos que la dificultad más grave para los que no tienen un justo sentido de las cosas divinas proviene de ver tantos inocentes arrastrados a padecer en la misma tempestad que envuelve a los pecadores. Jamás los hombres permanecen indiferentes cuando la tempestad que arranca los gigantescos árboles, corta juntamente las humildes florecillas abiertas a sus pies solamente para prodigar la gracia de su hermosura y de

su fragancia al aire que la rodea, y con todo, aquellas flores y aquellos perfumes son también obra de Dios y de su artificio admirable. Si El ha permitido que alguna de aquellas flores sean arrebatadas por el torbellino de los vientos, ¿no ha podido tal vez designar un fin no conocido por los humanos al sacrificio de aquella inocente criatura en el concierto general de las leyes con que El avalora y gobierna la naturaleza? Por consiguiente, ¡cuánto más su omnipotencia y su amor enderezarán al bien el destino de los seres humanos puros e inculpables!

La cruz es frecuentemente un don de Dios. Por haber languidecido la fe en los corazones, por haberse dejado seducir del amor a los placeres, hasta poner en ellos la norma de la vida, los hombres han venido a juzgar como males y males absolutos todas las desgracias físicas de este mundo. Han olvidado que el dolor se halla en los albores de la vida humana, como camino para la sonrisa de la cuna; han olvidado que las más de las veces el dolor es reflejo luminoso de la Cruz del Calvario en el sendero de la Resurrección. Han olvidado que la cruz es frecuentemente un don de Dios, don necesario para ofrecer a la divina justicia nuestra parte de expiación; han olvidado que el sólo verdadero mal es la culpa que ofende a Dios. Han olvidado lo que dice el Apóstol: «Los sufrimientos de la vida presente no son de comparar con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros», con que debemos mirar al autor y consumidor de la fe, Jesús, el cual, en vez del gozo delante de El puesto, sufrió la cruz. A Cristo crucificado en el Gólgota, virtud y sabiduría que atrae a sí todo el Universo, miraron, en las inmensas tribulaciones sufridas por la difusión del Evangelio, viviendo clavados a la cruz con Cristo, los dos Príncipes de los Apóstoles, muriendo Pedro crucificado, inclinando Pablo la cabeza bajo el hierro del verdugo, como campeones, maestros y testigos de que en la Cruz se hallan la fuerza y la salvación y de que en el amor a Cristo no se vive sin dolor. A esta Cruz, espléndido camino, verdad y vida, miraron los protomártires de Roma y los prime-

ros cristianos en la hora del dolor y de la persecución. Mirad del mismo modo vosotros también en vuestros sufrimientos, queridos hijos, y encontraréis la fuerza no sólo para aceptarlos con resignación, sino para amarlos, para gloriaros de ellos como los amaron y se gloriaron los Apóstoles y los Santos nuestros padres y hermanos mayores, los cuales fueron también plasmados de la misma carne que vosotros y dotados de vuestra misma sensibilidad. Mirad vuestros sufrimientos y angustias a través de los dolores del Crucificado, a través de los dolores de la Virgen, la más inocente de las criaturas y la que más participó en la Divina Pasión, y sabréis comprender que la conformidad con la imagen del Hijo de Dios, Rey de los dolores, es la más augusta y segura vía que conduce al cielo y al triunfo. Y no miréis únicamente las espinas cuando el dolor os aflige y hace sufrir: mirad también el mérito que de vuestros sufrimientos brota como rosa de celeste corona, y así encontraréis, con la gracia de Dios, el valor y la fortaleza de aquel heroísmo cristiano que es sacrificio, y al mismo tiempo, victoria y paz que supera a todos los sentidos; heroísmo que nuestra Fe tiene el derecho de exigirnos.

Finalmente, repetiremos con San Pedro: «Sed todos de un mismo corazón, compasivos, amantes de los hermanos, misericordiosos, modestos, humildes: no volviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino al contrario, bendiciendo... a fin de que en todo sea Dios honrado por Jesucristo, cuya es la Gloria y el Imperio por los siglos de los siglos».

Que la virtud de todos corra parejas con la fe. Pero si la sublime excelencia del Cristianismo eleva tanto nuestros pensamientos, sentimos también en lo íntimo del corazón cómo el anhelo de todos nuestros hijos se confunde con el Nuestro para pedirle a Dios que la virtud de todos en tan grave momento de la Historia, corra parejas con la fe.

Pensando en tí, oh querida Roma, doblemente patria Nuestra, objeto de los eternos designios, acostumbrada a llevar con tan íntima conciencia los mayores deberes de la vida de la Iglesia, en primer lugar, te bendecimos, seguros de que en esa ho-

ra no desmentirás en la constante fortaleza y en el ejercicio del bien, a aquella fe que te hizo maestra del mundo y soberana ante las gentes de sentimiento cristiano. Contigo bendecimos a todo el pueblo italiano que con el privilegio de tener en medio de sí el centro de la unidad de la Iglesia, presenta los caracteres manifiestos de una providencial misión divina y que, en los momentos de su agitada pero gloriosa y secular existencia, muestra intactas sus gloriosas tradiciones católicas.

Por fin, extendemos nuestra bendición al mundo entero, doquiera tengamos hijos, para Nós todos igualmente amados, mientras el corazón nos tiembla en el pecho pensando en aquellos pueblos que más sufren en la actualidad cruenta calamidad, la cual de tantos lutos y lágrimas ha llenado la tierra.

No queremos excluir de nuestras oraciones y nuestros votos a cuantos están aún lejos del seno de la Iglesia, a fin de que sientan su materna y urgente llamada, para que ellos busquen también en Ella la salvación y la paz.

Así presentamos a todos a Dios en Jesucristo, Redentor de todos. Y en nombre de El, con la autoridad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, cuyo martirio y triunfo hoy celebramos, damos a todos con efusión de corazón la Bendición Apostólica».

CIRCULAR

Llamamos la atención de nuestros carísimos cooperadores sobre la siguiente «Instrucción» para su cumplimiento. Léase y coméntese en las conferencias sacerdotales, en las clases teológicas del Seminario, explíquese en los Círculos de estudios de la A. C. y en los Catecismos, y sea tema frecuente en las pláticas eucarísticas.

Ciudadela, 14 de Septiembre de 1941.

† EL OBISPO.

SACRA CONGREGATIO CONCILII

INSTRUCTIO

DE FIDELIBUS EXHORTANDIS UT MISSAE SACRIFICIO FREQUENTER AC DEVOTE INTERSINT

Saepenumero in tot rerum calamitatibus, quibus undique premimur, Ssmus. Dominus Noster Pius Pp. XII populum christianum ubique terrarum effusa caritate adhortatus est ut publicas privatasque preces effundat pro praesentibus societatis humanae necessitatibus et praesertim ad populorum pacem conciliandam, Divini Magistri promissiones recolens: «Petite et dabitur vobis, quaerite et invenietis, puisate et aperietur vobis» (Matth. VII, 7; Luc. XI, 9).

Hunc quoque in finem idem Ssmus. Dominus Noster, Motu proprio «Norunt Profecto» diei 27 octobris 1940, Eucharistica Sacrificia ubique terrarum offerri jussit, quum nihil magis valeat «ad Numinis majestatem placandam propitiandamque quam Eucharisticum Sacrificium, quo ipse humani generis Redemptor in omni loco sacrificatur et offertur... oblatio munda». Divinum enim Sacrificium quod in Missa peragitur et in quo, docente Tridentina Synodo: «Idem ille Christus continetur et in cruce inmolatur, qui in ara Crucis semel se ipsum cruce obtulit» (sess. XXII, cap. 2), non solum laudis et gratiarum actionis, sed etiam vere propitiatorium est tam pro vivis quam pro defunctis.

Quapropter populi christiani in saeculorum cursu nunquam destiterunt ut tam pro sui ipsorum necessitatibus quam pro fidelibus in Christo defunctis nondum ad plenum purgatis, a solis ortu usque ad occasum, haec oblatio munda offerretur, eisdemque frequenter ac devote interesse consuevissent.

At, fide ac pietatis studio languescens, omnes norunt sanctissimum hunc morem in dies intermitteri, atque fideles complures, divinarum rerum amore posthabito, Missae Sacrificium nec uti oportet colere, nec sicut antea pro suis necessitatibus ac defunctorum suffragiis ut applicetur ferventer curare, dum ad alia minus salutaria haud raro se convertere non dubitent.

Quapropter haec Sacra Congregatio Concilii, de speciali Ssmi. Domini Nostri Pii Pp. XII mandato, omnes ubique terrarum Ordinarios vehementer hortatur, ut per semetipsos ac per curatores animarum aliosque utriusque cleri sacerdotes instanter christifideles edoceant.

1.º de Sacrificii Missae natura et excellentia atque de ejusdem finibus ac salutaribus effectibus pro mundi vita, et demum de ejusdem ritibus ac caeremoniis, ut ipsi non passive tantum eidem intersint, sed cum sacerdotibus Sacrum peragentibus unum sint animo et corde, fide et caritate;

2.º de gravi, qua tenentur, obligatione Missam audiendi, quotquot rationis usu compotes sunt, diebus dominicis aliisque festis de praecepto (can. 1248 Codicis I. C.), quum agatur de praecipuo actu cultus externi et publici, Deo debiti, quo supremum in nos imperium Dei Creatoris, Redemptoris et Conservatoris agnoscimus.

3.º de Sacrificii Missae vi impetratoria et propitiatoria, qua bene perspecta ac cognita, fideles alliciantur ad eidem Sacro frequenter ac etiam quotidie, si fieri potest, adsistendum, ad gratias Deo agendas, ad beneficia obtinenda, ad peccata expianda cum propria tum eorum qui vita sunt functi, memores moniti Sancti Agustini: «Audeo dicere quod Deus, cum esset omnipotens, plus dare non potuit; cum esset sapientissimus, plus dare nescivit; cum esset ditissimus, plus dare non habuit» (tract. 84 in Joannem);

4.º de coelestis convivii saluberrima participatione quoties Sacro intersunt, quo arctius Christo adhaereant, prout est in Decreto hujus Sacrae Congregationis diei 20 Decembris 1905 de Quotidiana S. S. Eucharistiae Sumptione, et ad mentem ejusdem Tridentinae Synodi: «Optaret quidem sacrosancta Synodus ut in singulis Missis fideles adstantes non solum spirituali affectu, sed sacramentali etiam Eucharistiae perceptione communicarent, quo ad eos sanctissimi hujus Sacrificii fructus uberius proveniret» (sess. XXII, cap. 6), juxta illud ipsius Iesu Christi: «Ego sum panis vivus qui de coelo descendi. Qui manducat ex hoc pane vivet in aeternum. Qui manducat me et ipse vivet propter me» (Ion. VI);

5.º de dogmate Sanctorum communionis, cujus vi Sacrificium Missae uberrime applicatur non tantum pro fidelibus defunctis, qui piaculari igne suas expiant humanas labeas, sed etiam pro hominibus qui vitam degunt, quippe qui, tot tantisque angustiis et calamitatibus, in praesens potissimum, undique pressi, indigent ut misericordiam apud Deum inveniant et auxilium consequantur.

Quo vero facilius locorum Ordinarii caterique animarum curatores haec praescripta in rem deducant, saepius fideles revocent ad vitam secundum Christi praecepta vere componendam, ea omnia in sui vivendi ratione devitantes, quae fidem moresque christianos vel minus deceant. Quare improbare ne cessent immodicos sumptus, quos fideles vanitate adlecti in variis vitae adjunctis aliquando insumunt, illo quandoque praetermisso Sacrificio Missae, quod omnium cumulate suffragiorum et gratiarum potissimum adjumentum et divitiarum Dei infinitus est thesaurus.

Denique ad omnia haec assequenda curatores animarum adjutricem requirant operam Confraternitatum seu Socialitatum Sanctissimi Sacramenti, quae in una quaque paroecia, ad normam canonis 711, 2 Codicis J. C., ideo praecipue institutae sunt ut omnibus fidelibus exemplo auxilioque sint in praestando atque alendo cultu Eucharistico.

Quodsi, Deo favente, populus Christianus hujusmodi hortationibus Ordinariorum et curatorum animarum alacri animo obsequutus fuerit, Eucharisticum Sacrificium, quo nihil Deo honorabilius nihil jucundius esse potest, fiet revera pro totius mundi salute fons vitae et sanctitatis.

Datum Romae, die 14 mensis julii, anno 1941.

F. CARD. MARMAGGI, *Praefectus*.

I. BRUNO, *Secretarius*.

CRONICA DE LA DIOCESIS

MES DE JUNIO DE 1941

Día 20.—Festividad del Sagrado Corazón de Jesús.—En Fornells tuvo lugar en la vigilia del Sdo. Corazón una procesión infantil á la que concurrieron todos los niños y niñas del pueblo, llevando éstas un manojo de espigas y aquéllos palmas, flores y ramos de mirto; presidía el cortejo una pequeña imagen del Sdo. Corazón. El día de la fiesta hubo Misa de comunión general y Misa solemne con asistencia de las Autoridades; por la tarde a las 8 tuvo lugar una procesión con la imagen del Sdo. Corazón; las casas ostentaban colgaduras; al pasar frente al Santuario de Ntra. Sra. de Monte-Toro, se cantó la Salve y se leyó una súplica al Sagrado Corazón.—Durante el mes de Junio se practicó en el simpático pueblecito pescador el ejercicio del Mes del Sagrado Corazón a las 9'30 de la noche. El último día, a las 10 de la noche, hubo procesión con concurrencia extraordinaria; todas las casas tenían, al paso de la procesión, abiertas puertas y ventanas procurando iluminar la calle. Frente al lugar donde se divisa Monte-Toro se cantó la Salve, y se terminó con la exposición menor y bendición.

Igualmente se celebró con comuniones procesión y otros actos piadosos la Fiesta del Sagrado Corazón en la religiosa villa y parroquia de San Cristóbal.

Día 22.—En la Catedral el Excmo. Sr. Obispo confirió el Subdiaconado a los Sres. D. Abelardo Benitez León, de Mahón, D. Francisco Anglada Juaneda y D. Guillermo Coll Allés, de Ciudadela.

Día 23.—Por la tarde desembarcó en Ciudadela una representación de la Hermandad de Médicos de S. Cosme y S. Damián, de Palma de Mallorca, con su Consiliario M. Rdo. P. Cerdá, ex-Provincial de los Franciscanos Terciarios Regulares. Fueron recibidos en el muelle por el Ilmo. Sr. Vicario General. Por la noche acompañados del Sr. Obispo visitaron la Catedral iluminada.

Día 24.—A las 8 en la Catedral el Rdmo. Prelado celebró Misa de Comunión para la Hermandad de Médicos de S. Cosme y S. Damián de Mallorca. Interpretó cánticos litúrgicos la Juventud Femenina de A. C. A las 10'30 tuvo lugar en el Salón del Trono del Palacio Episcopal la presentación de los señores Médicos mallorquines a sus colegas de Ciudadela. Leyó una documentada memoria el notable farmacéutico de Palma Dr. Sureda Blanes, a la que contestó el farmacéutico y Cronista Honorario de Ciudadela Sr. Cavaller Piris. Cerró el acto una alocución del Excmo. Sr. Obispo, quién entre otras consideraciones hizo constar en esta ocasión su agradecimiento y alabanza por las singulares atenciones que todos los señores Médicos de Ciudadela y principalmente el Médico del Hospital Dr. Lopez tuvieron con el Obispo difunto en su última enfermedad y entierro, durante la época roja. Luego declaró constituida en Menorca esta asociación. La culta representación mallorquina asistió a la «Missa dels Caixers» en la Catedral, y por la tarde presenció las tradicionales fiestas de San Juan en el Plá.

Día 25.—En la Catedral el M. Rdo. P. Cerdá, T. O. R., celebró Misa de comunión a la que asistió la representación de la Hermandad de Médicos de S. Cosme y S. Damián, venida de Mallorca; la cual, pasó a Mahón, siendo cumplimentada por los Sres. médicos de los pueblos de tránsito. Por la tarde tuvo lugar en el local de la Juventud de A. C., de Mahón, una junta de la entidad mallorquina con los médicos de dicha ciudad, presidida por el Sr. Obispo. Hicieron uso de la palabra entre otros el Rdo. P. Cerdá y S. E. Rdma.

Día 29.—Festividad de San Pedro. — En la Catedral el Rdmo. Prelado confirió el Diaconado al Rdo. Sr. D. Abelardo Benitez León.

MES DE JULIO DE 1941

Día 1.—El Excmo. Sr. D. Juan Bautista Sánchez, Capitán General de las Baleares, cumplimenta al Prelado en Ciudadela, visitando después la Catedral.

Día 6.—En la Catedral el Excmo. Sr. Obispo ordenó de Presbítero al Rdo. D. Abelardo Benitez León, de Mahón.

En la Catedral por la tarde el Rdmto. Prelado explicó a las Jóvenes de A. C., que practicaban retiro espiritual, el significado de los lienzos del baldaquino, que representan el sacrificio de Melquisedec y la profecía de Malaquías; cantóse luego el texto de ésta, según melodía del notable compositor, Mas y Serracant.

Día 9.—Celebróse solemne funeral en la Catedral en sufragio de las víctimas del saqueo de Ciudadela por los turcos en 1558, y ofició pontificalmente en la absolución S. E. Rdma.

Día 16.—En la Parroquia de Ntra. Sra. del Carmen, de Mahón, el Rdmto. Prelado presidió la fiesta de la Titular.

Día 17.—Un numeroso grupo de Sres. Generales y Jefes de diversas armas, presididos por el Excmo. Sr. General Aranda y acompañados del General Gobernador de la Isla D. Eduardo Recas, cumplieron al Prelado y visitaron la Catedral en compañía de S. E. Rdma. y del Clero de la ciudad.

Día 19.—Verificóse la bendición de la restaurada iglesia del Hospital de Ciudadela, así como de las imágenes de Ntra. Sra. de la Consolación, S. José y S. Juan Bautista, que fueron apadrinadas por la Srta. Teresa Juanico, hija del Concejal encargado del Hospital, y por el Excmo. Sr. Alcalde de la ciudad D. Juan Gelabert. Hace las bendiciones el Rdmto. Prelado.

Día 20.—En Ciudadela se celebró una pintoresca procesión en honor de Ntra. Sra. del Carmen, a la que asistieron las Autoridades locales. Salió de la iglesia de S. Miguel y dirigióse al muelle, dando luego una vuelta por el mar en numerosas barcas artísticamente adornadas.

Día 25.—El Rdmto. Prelado practicó la Visita Pastoral en Alayor. Fué recibido por el Clero y autoridades y procesionalmente se dirigió al templo parroquial donde platicó, celebró la Misa y demás ceremonias de la Visita. Después en la Rectoría recibió al Clero y seminaristas, al Ayuntamiento, Falange y demás autoridades y a las asociaciones piadosas. Extendióse la Visita del Prelado a la iglesia ex-convento de San Diego, al

de las iglesias de la zona rural.—Comunicación de la Diócesis.

Hospital y convento de las Carmelitas, al Cementerio, examinándolo en todas sus partes y rezando responso por los difuntos. El Prelado devolvió la visita a las Autoridades reunidas en el Ayuntamiento, donde S. E. dirigió a todos su palabra y luego recorrió las varias dependencias de la casa. Administró la Confirmación a 236 niños y a 129 niñas. Al regresar a Ciudadela subió al Santuario de Monte-Toro.

Día 27.—En la Catedral celebráronse especiales cultos de desagravio, por cumplirse el V aniversario de la profanación del templo por las hordas marxistas. El Santísimo Sacramento fué expuesto antes del canto de Vísperas, y durante toda la tarde hubo turnos de vela de Sacerdotes y Asociaciones piadosas. A las 8 de la noche hubo solemne Hora Santa, con canto gregoriano del salmo 73 «Ut quid Deus repulisti in finem», respondiendo el pueblo a cada versículo: «Domine, dilexi decorem domus tuae, et locum habitationis gloriae tuae». Cantóse también el Trisagio y el Credo.

SUMARIO: Discurso del Papa sobre la Divina Providencia.—Circular del Prelado.—Instrucción de la S. Cong. del Concilio sobre frecuente asistencia de los fieles a la Santa Misa.—Crónica de la Diócesis.